LA BODA DE LOS MUERTOS

Tragedia murciana en un acto y dos cuadros

POR

DIONISIO SIERRA

Inspirada en un cuento de

:-: Pedro Jara Carrillo :-:

Estrenada con éxito en el Teatro Ortiz de Murcia la noche

del 14 de Marzo de 1921



1921
Artes Gráficas - L. y M. Medina
MURCIA

PERSONAJES		ACTORES
Fuensanta	20 años	Sta. Moreno (Teodora)
Juana	16 »	» Gabaldón (Elena)
Tía Gila	70 »	» Garcés (Isabel)
Tío Juan	60 »	Sr. Castilla (Vicente)
Tío Antón	70 »	» Aguado (Eladio)
Fulgencio	25 »	» del Pozo (Félix)
Tonico	18 »	» Moreno (Emilio)
Pacorro	40 »	» P. Albéniz (Francisco)

La acción en la huerta de Murcia.—Epoca actual.

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Huerta. A la derecha, casa modesta pero de buen aspecto. A la izquierda barraca pobre. Al foro huerta. Es de día: domingo por más señas. Pacorro estará sentado en una piedra de un ribazo; viste de fiesta: blusa, sombrero y alpargatas nuevas. Con la vara se entretiene en hacer arabescos en la tierra. Pausa. Tonico al foro. Al poco de alzarse el telón entrará Tonico en escena, cargado con un cántaro de leche. Cuando lo indique el diálogo, Tía Gila que vendrá con una cesta al brazo. Derecha e izquierda las del actor.

Escena 1.ª

PACORRO, TONICO, después TIA GILA

TONICO.—(*al paño*) El garrotín, el garrotín; el garrotán, el garrotán... (*sale*).

PACORRO.—Habías de ser tú el que metiera en la güerta la moa de los cantares modernos ¿No te dá vergüenza? Aquí, entre naranjos y limoneros, entre el trigo y la cebá, con este olor a güerta que es una bendición de Dios, suenan mal estos cantares forasteros. ¡El garrotín!... Coplas, coplas güertanas de la güerta de Murcia ¿Hay copla mejor que una copla güertana? Acuérdate de aquél señorito que vino de Murcia, que quería escribir un libro con los cantares de por aquí, y que le quería poner música, y que se hacía cruces oyéndolos embelesao... Paece mentira que tú, que vás a Murcia todos los días con tus cabras, no te enteres de lo que valen las cosas que tié la güerta de Murcia. ¡El garrotín! ¡El garrotín! ¡Lástima e varazo!

TONICO.—*(Que ha estado escuchando atónito y sin dejar en el*

suelo el cántaro que trae) (*Dejando el cántaro en el suelo*). ¡Güena rociá me has dao por ser domingo como es!

PACORRO.—La que te mereces, y na más que la que te mereces. Estará bien que un zagal, y enamorao, cante el garrotín. Cántale a tu novia eso del garrotín y verás qué garrotazo te dá. Pero mientris tanto, cántale aquella copla que dice:

«Cuando querrá la Virgen
de la Fuensanta,
que tu ropa y la mía
duerma en un arca.»

y verás que contenta se pone.

TONICO.—Si que está güena copla ¿Cómo has dicho que dice?

PACORRO. «Cuando querrá la Virgen
de la Fuensanta
que tu ropa y la mía
duerma en un arca.»

TONICO.—¡Tú, como sabes de letras...!

PACORRO.—Y sin saber. Las coplas se aprenden sin leerlas.

TONICO.—Ya me sé yo esa.

PACORRO.—Dila.

TONICO «Cuando querrá la Virgen
de la Fuensanta
que tu ropa y la mía
duerma en un arca.»

PACORRO.—¿Lo vés? Esas, esas y otras más son las coplas que deben cantarse en la güerta; en la güerta y en toas partes; no esas preversas del garrotín y la machicha. Na de eso había hace unos años en la güerta, pero la maldita afición de ir a Murcia y trasnochar ha hecho que los mozos apriendan lo que nunca debieron aprender. Y ves tú; yo fuí mozo también y no sé esas coplas, y sé leer y escribir; tú, en cambio, eres mozo abora y bien que sabes toas esas picardías, y sin embargo, de leer ni una letra. Güenos estáis los mozos de abora *(pausa)* ¿Qué hay de nuevo?

Tonico.—Na, poca cosa ¿Sabes como está hoy Fuensanta?

Pacorro.—No, a eso venía; pero he visto la puerta cerrá y no me he determinao a llamar.

Tonico.—Abora saldrá Juanica (*dá un silbido*) o la Tía Gila que viene por allí, nos lo dirá.

Pacorro.—¡Si viene por allí, cómo nos lo vá a decir!

Tonico.—Por qué habrá salio de mañana. Está con Fuensanta y Juanica pa los reparos de la casa y mandaos que hay que hacer. Na más que estos días (*entra en escena la Tía Gila*) Tía Gila ¿De ande güeno?

Tía Gila.—Güenos días. De Murcia. He dio por fiscochos y otras cosillas.

Pacorro.—¿Cómo está Fuensanta?

Gila.—Malamente, hijo. Esta mañana le dió otra vez.

Pacorro.—¿El qué?

Tonico.—Una angustia que le dá que se quea pribá.

Gila.—Y más helá que el granizo.

Pacorro.—¿Y que dice don Lauriano?

Gila.—Na; mandarle jaropes y jaropes que cuestan un sentío. Abora traigo unas gotas que me han llevao seis reales. ¡Está tó por las nubes! Dista las mecinas han subío. (*Pausa*). ¿Ha salío Juanica?

Pacorro.—No.

Gila.—Voy entonces a preparar tó esto.

Tonico.— Vaya usté con Dios, Tía Gila (*Entra Tía Gila en la casa*).

Pacorro.—Vaya usté con Dios (*Pausa*) ¿Sabes algo de Murcia?

Tonico.—Ayer vide a Flugencio de compras. Paice otro. Se conoce que ha traido cuartos y que quiere lucirlos. ¡Qué rumbón ha sío siempre!

Pacorro.—Ese ha venío desviao.La milicia cambia a los hombres, los atonta, los hace fantesiosos. ¡Quien iba a decir que Flugencio... aquél buen muchacho, iba a dar un cambiazo así! ¿Lo sabe Fuensanta? ¿Sabe que ha venío?

TONICO.—No, ¡Ca! Ni hay quien se lo diga ¡Güena se pondría!

PACORRO.—Pos él está aquí más de dos meses.

TONICO.—¡Ya lo creo! Y tres tamién. Pero como ella está mala to lo que va de año, y andamos tos locos pa que naide que entre le diga na, pos ahí tiés que no se ha enterao ¡Está güena pa saberlo!

PACORRO.—¡Qué creminal!

TONICO.—Y to por los dineros.

PACORRO.—¡Malditos dineros! Y dimpués de to, si vas riflisionar... ¿Qué tié la hija del Tío Francisco Eniesta? Och o u diez tahullas na más.

TONICO.—Pero güenas y de las mejores del partío, y dineros en Murcia, que angunos jueves, bien que va ella a Murcia sola, con la cartilla y mete dineros en el Banco Cartagena, que la he visto yo más de una vez y más de dos.

PACORRO.—¡Probe Fuensanta!

TONICO.—¡Probes toos! Y el Tío Juan, tan güeno, tan resignao, tan hombre e bien...

PACORRO.—No te comas tú tampoco al tío Juan. Como güeno, vaya; güeno es como el pan de trigo... Pero a cumplío y a entero, a caporal y mantenío, no hay otro: se las mantiene tiesas al susum. (*Pausa*) Yo lo he visto más de una vez y.... vaya; que no quisiera ser yo el que tuviera que reñir con él ¡Tié unos puños! (*Da otro silbido Tonico*)

Escena 2.ª

Sale JUANA. Dichos y JUANA.

JUANA.—Bien podías callar, que se oye to. Fuensanta tiene oído de tísica; no se le escapa na y está siempre a la que pue pescar. ¡Es más maliciosa!

PACORRO.—Güenos días, Juanica.

JUANA.—Güenos días, Pacorro.

PACORRO.—¿Y Fuensanta?

Juana.—Malamente.

Tonico.—¡Maldita sea! Aquí tiés la leche. (*Le entrega el cántaro.*)

Juana.—¿Pa qué? ¿Pa tirarla? Ni caldo ni leche quiere. Ahora no toma otra cosa que sustancia. Se va a quear así. (*Mostrando derecho el dedo meñique.*)

Pacorro.—¿Pero qué tiene?

Juana.—¡Yo no sé; yo que sé qué demonios tié! Paece aliacán. ¡Más pagiza está!

Tonico.—No te apures, mujer; Dios no querrá que la cosa pase a mallores.

Pacorro.—Sí, mujer; ten valor.

Juana.—¿Más? Si no fuera por mí, tos se morían en un menuto; gracias a mi alegría, a esta alegría que Dios me puso en toa la cara, que por na me apuro, es por lo que estamos tan vivos, que si no...

Pacorro.—¿Por qué no habís traído a la curandera del Carmen? Dicen que tié muy güenas manos pa curarlo to.

Juana.—¿Qué curandera?

Pacorro.—Una que vive en el Carmen, en Murcia, cerca de la estación, que dicen que tié muncha cencia. Al tío Paco el Quirico se lo curó tó y lo dieron por muerto y bien muerto.

Juana.—Yo se lo diré a mi páere (*Pausa*)

Pacorro.—¿Y tu páere?

Juana.—Eso es lo peor. Mi páere no habla ná, ni dice ná, ni come tampoco y está muy mústio. El, que era tan güen contaor de cuentos y de dichos sucedíos, y abora se pasa las noches con la cabeza hincá en las roillas.

Tonico.—¡Ya lo creo!

Juana.—Se ha puesto triste y aginao y no se le pué ni hablar ¡Dá una pena!

Pacorro.—No es pa tanto, mujer.

Juana.—Si es, Pacorro, si es. Él ve a Fuensanta, él sabe lo que sabemos tos, y una pena muy honda se le ha agarrao al pecho y no le suelta.

TONICO.—¡Si juera cosa de hombres!

PACORRO.—Si juera cosa de hombres, él se bastaba y se sobraba pá arreglarlo tó. ¡Más templao es! De un puñetazo estaba tó arreglao. El Tío Juan, no da más que un puñetazo, pero hay bastante. ¡Si juera cosa de hombres!... Si juera cosa de hombres se los comía a tós. ¡Tié unos puños! ¿Te acuerdas de la noche de la era en ca el Tío Mocho? Su hijo, que es un sinvergonzón, bebió un poco de más y le dió un abrazo a Fuensanta. El Tío Juan se jué pa él, le pegó un puñetazo en el pecho, que lo tiró roando por la regaera. En poco se mata.

JUANA.—Veinte días lo menos estuvo en la cama.

PACORRO.—¡Como que le tuvieron que poner una bisma de pez en el pecho!

JUANA.—Pos los veinte días casi, estuvo mi páere y la Fuensanta al lao de su cama.

PACORRO.—Eso es aparte. El Tío Juan comprendió que aquello era custión de la bebía y lo perdonó en seguida.

JUANA.—Y no pasó más. Allí se ha acabao tó.

PACORRO.—¡Es mucho hombre el Tío Juan! (*Pausa*).

JUANA.—Pero esto no se arregla por la fuerza. Si la Virgen quisiera hacer un milagro y tocarle en el corazón a Flugencio, y viniera aquí y se arrodillara a los pies de la cama de Fuensanta..., tó estaba arreglao; mi hermana se curaba de seguía.

PACORRO.—¿Y ande se mete?

JUANA.—¿Quién?

PACORRO.—Flugencio.

TONICO.—No sale por esta puerta (*Señalando a la casa de enfrente*).

PACORRO.—¿Por qué?

JUANA.—Pa que no lo veamos. Como tié puerta por la senda de las moreras, por allí sale pa irse pa Murcia. Eso es la vergüenza que le sale a la cara.

PACORRO.—Pero ¿tié vergüenza ese tio desalmao?

Tonico.—Eso digo yo.

Juana.—Lo que no tié es cariá.

Pacorro.—Eso digo yo.

Tonico.—Lo que yo si digo es que no tiene temor de Dios.

Pacorro.—¡Con una mujer como Fuensanta!

Tonico.—¡Si jueran verdá las maldiciones...!

Juana.—Déjalo; con su pan se lo coma.

Tonico.—¡Lástima de virgüela negra!

Escena 3.ª

Dichos y el Tío Juan por la izquierda

Juan.—Nena. (*A Tonico y Pacorro*). Güenos días, amigos

Pacorro.—Güenos días, Tío Juan. ¿Y la enferma?

Juan.—¡Yo qué sé! ¡Lo mismo! (*con desaliento*).

Pacorro.—Tó sea por Dios, Tío Juan.

Juan.—Dale (*a Juana*) a tu hermana el alimento. (*A Tonico*) ¿Trais-e la leche?

Tonico.—Si señor, Tío Juan.

Juana.—Si leche no quiere; le da asco.

Juan.—Algo tié que tomar. Dásela con una cuchará de la coñá sa.

Pacorro.—Eso es muy güeno.

Juana.—(*Entrando en la casa.*) Lo que es güeno es lo que yo ne sé. Anda Tonico, ayúdame y te llevarás el cántaro. (*Vase con To-ico)*.

Juan.—(*Pausa.-Tristemente*) ¿Qué hay Pacorro?

Pacorro.—Na; que como es domingo, me iba pa misa al Cabezo y e querío pasar antes por aquí pa saber de Fuensantica.

Juan.—Dios te lo pague.

Pacorro.—No faltaba más. ¿Y uste?

Juan.—Cansao, Pacorro; muy cansao. ¡Llevo unas noches!

PACORRO.—Ya me hago cargo. (*Pausa*) El Señor querrá que se ponga güena, y ya verá usté como to se arregla.

JUAN.—Mal arreglo tié (*Pausa*).

PACORRO.—(*Sacando la petaca*) ¿Quié usté un cigarro?

JUAN.—Trae. ¡Fumo más estos días!

PACORRO.—Cuando se está así de niervoso, el tabaco lo paga.

JUAN.—El tabaco y el pelo.

PACORRO.—¿El pelo?

JUAN.—Si, el pelo. De estas cosas así son de las que se pone la cabeza blanca.

PACORRO.—No, Tío Juan; eso son los años.

JUAN.—¿Y qué son los años sino una ristra e penas? Cuando tengo algunas veces que decir los años que tengo, mejor diría,—en vez de cincuenta, sesenta o los que tenga—mejor diría; tantas u cuantas penas. Porque los años no son otra cosa; no son años, son penas, son fatigas, son amores, son... demonios encendíos. (*Pausa*) Dame fuego.

PACORRO.—Güeno, Tío Juan; me voy, que ya es tarde y no quiero ir a misa empezá.

JUAN.—Anda con Dios Pacorro.

PACORRO.—A la vuelta pasaré por aquí.

JUAN.—Gracias, amigo.

PACORRO.—Si pa algo servimos....

JUAN.—Gracias. Dios te lo pague.

PACORRO.—Mandar y na más que mandar.

JUAN.—Id con Dios (*sale Tonico*).

PACORRO.—¿Te queas, Tonico?

TONICO.—No; te acompaño.

PACORRO.—Dista luego.

TONICO.—Dista abora.

JUAN.—Andar con Dios. (*Vanse Tonico y Pacorro.*)

Escena 4.ª

Tio Juan, solo; al poco Tio Antón

(*Tío Juan se dirige al foro, se sienta en un ribazo y sigue fumando. Al poco llega por el foro derecha el Tio Antón.*)

Antón.—A la paz de Dios. Güenos días, Juan.

Juan.—Adios, Antón; güenos días. (*Pausa*)

Antón.—Paece que te pasa algo, Juan; yo te veo hace muchos días muy preocupao y porque ya sabes que no me gusta meterme en lo que no me importa, no te he preguntao mas de una vez por la causa de tu murria.

Juan.—Mi Fuensanta se muere, Antón; está muy mal, aunque no lo parece; pa mi que no llega a la siega. Yo la miraba arreglar sus gusanos hace unos días y pienso que el capillo que saquen y que ella decía que era pa su ajuar de novia, va a servir pa su ataud....

Antón.—No digas tonterías, Juan.

Juan.—La verdá pura, Antón.

Antón.—¡Lástima de moza! Tan colorá como una rosa y tan guapa que estaba. Ties razón pa estar aginao.

Juan.—Él tié la culpa. Él y na más que él. Pero si se muere mi hija le costará caro (*mirando con ira a la casa de enfrente*). Mi nena le tié a Flugencio un querer que la consume, y Flugencio que la estuvo entreteniendo antes de salir soldao, ahora viene y se casa con otra; y claro, la probe hija se repudre y se muere, tanto de que lo quié con toa su alma, como de ver que su puntillo está rebajao por otra moza. Y por esa rebegía que paece una tísica.

Antón.—Pero ¿ella sabe...?

Juan.—Naide le hamos dicho na, pero ella se lo malicia tó ¡es más avispá!... Sa maliciao que ha venío, y sa maliciao que se casa con otra, pero no quié decir ná (*Pausa*).

Antón.—No te apures, Juan; si es el querer lo que motiva la enfermedá de tu Fuensanta, no temas por su vida. El querer es como el

sarampión; tós lo pasamos y tós nos ponemos más o menos graves, pero son pocos los que se mueren de él. Alégrate mejor, porque ese mal se pasa una vez tan sola y cuando se cura ya no se repite más.

JUAN.—Pero la probe está muy mala, Antón; si las vieras te se caía el alma a los piés; yo creo que está ética y que el día menos pensao, se quea como un pajarico en el sillón ¡Lástima de hija! Tengo miedo de entrar en la alcoba por que lo primero que me pregunta cuando llego es que si ha venio Flugencio. Y el está ya aquí cerca e tres meses, pero como sé y se sabe por tó el mundo que se casa con otra; engaño a mi hija y le digo que no ha venío aún de servir al Rey. Esta mañana se queó muerta en mis brazos, y delirando me decía que fuera a buscarlo, que quería verlo, que se iba a morir sin ver a su Flugencio, a quien, después que a mi, quería más que a naide.

ANTÓN.—Mira, Juan, estas cosas me dan una pena muy grande; yo buscaré al zagal y le diré que vaya a ver a Fuensanta, a ver si así se anima ella y se mejora. Lo demás ya habrá tiempo de tratarlo después.

JUAN.—No, Antón; no quiero verlo, porque como no ha de ser pa ella, aceleraría su muerte; no, no quiero que la vea. Yo le seguiré diciendo que no ha venío toavía del servicio. (*Pausa*)

ANTÓN.—¿Y tú, qué; aginao?

JUAN.—Aginao, Antón.

ANTÓN.—No eres el que eras, el que has sío siempre.

JUAN.—No, no lo soy.

ANTÓN.—¡No te alegra la tierra, la buena cosecha que te se avecina!

JUAN.—No, Antón, no me alegra. Compriendo que está la güerta que dá gozo el verla; la abundancia de frutos llenará dista reventar los graneros. No ha podío ser más trempano el trigo, ni los árboles puen ya ni con las hojas ni con los frutos: arrastran el suelo. Pero apesar de eso, ¡Pa qué quiero yo la cosecha, ni viyir, ni na, si ella se muere! ¡Paece mentira que yo no sienta alegría al pasar la mano por

encima de las espigas! Cuando yo pasaba mi brazo por encima de las mies, era aquello un abrazo muy juerte que yo le daba a mi cosecha, y ella lo agradecía: se empingorotaba de seguía y crecía más. Y aluego mi Fuensanta se metía por entre el trigo pa cojer los ababoles y salía después con la cara más encarná que los ababoles que se había puesto en el moño. (*Se entristece-Lloriquea*). ¡Tó por el suelo ya!...

Antón.—No te desanimes, ni te desesperes, que pué que aluego tó tenga su arreglo. Mira: por allí viene Flugencio; mejor ocasión que esta pá hablarle, no la vas a encontrar ¿Quieres que le hable yo?

Juan.—No Antón. Déjalo que pase y se meta en su casa. No mires siquiera.

Escena última

Dichos y Fulgencio por el foro derecha.

En vez de entrar en su casa como suponía el Tío Juan (lateral derecha) se dirige al foro izquierda cruzando toda la escena y pasando por delante de Juan y Antón. Entra cabizbajo, distraído, liando un cigarro. Al ver Juan que Fulgencio cruza por delante de ellos y se dirige a la izquierda, se levanta y muy respetuoso se va hacia Fulgencio. Fulgencio vestirá ropa nueva, pero al estilo de la Ciudad habiendo desaparecido en él el tipo huertano de blusa y alpargates. Fulgencio es joven, guapo y algo fanfarrón.

Antón.—(*Queda en actitud espectante.*)

Juan.—(*A Fulgencio*) Flugencio, escucha: (*Fulgencio se detiene en medio de la escena*) No pases; hazme el favor de no pasar.

Fulgencio.—¿Por qué? ¿No pué saberse? ¿No se pué pasar?

Juan.—No, Flugencio; no se pue pasar. Y si esto te paece duro, te diré que tu no debes pasar por aquí.

Fulgencio.—Vivo ahí enfrente.

Juan.—Mejor. Pa eso ties puerta por el otro lao.

FULGENCIO.—¿Y por qué no puedo yo pasar por aquí, si puede saberse?

JUAN.—Por que en la esquina de mi casa, hay una ventana que está abierta de par en par, y detrás de esa ventana hay una mujer que está esperándote hace más de un año. Y como no has de entrar en la casa, ni has de mirar a la ventana, ni has de escuchar los llantos de una mujer que se muere por tí, ni has de cumplir como los hombres de bien la palabra que diste.... mejor es que no pases. Sobre que no tiés necesidá—porque ya te he dicho que pues pasar por otro lao—haces una obra de caridá. Sé güeno y caritativo, auque solo sea una vez en tu vía. (*Pausa.*)

FULGENCIO.—¿Es que no he sío güeno yo nunca?

JUAN.—No; eso no es verdad. Güeno... Ya lo creo que has sío güeno; pero abora, Flugencio, abora no lo eres.

FULGENCIO.—¡Tío Juan!

JUAN.—No hay Tío Juan abora. No lo eres, nc; pero ya que te he dicho que no eres güeno, si quieres, te diré lo que eres.

ANTÓN.—¡Juan!

FULGENCIO.—Sí, dígamelo usté.

JUAN.—Pos eres... un creminal (*Fulgencio se queda mirando a Juan fijamente*) Porque creminal es quien a traición mata a una mujer que te quiere y bebe los vientos por tu presona. Por que has matao a Fuensanta, que toavía no se ha muerto porque no sabe que has venío, ni sabe que te vas a casar con otra; porque naide se lo ha dicho y to el mundo se lo oculta. Los que semos güenos, los que semos cristianos, los que queremos de verdá con el corazón y con el alma, callamos toas esas infamias. Si fuéramos como tú de malos y de prevesos y de creminales, se lo diríamos to y de seguía se moría; pero como tenemos temor de Dios y no queremos matarla, pos ahí tienes por qué no se lo hemos dicho, por si quiere Dios salvarla... y con el tiempo pudiéramos conseguir que te olvidara, que eso es lo que te mereces, que te olvide to el mundo y te desprecie por... creminal. ¡Dios dejará

caer to el peso de su justicia sobre la cabeza de sus malos hijos. *(Pausa. Fulgencio, con la cabeza baja, cobardemente, vuelve hacia atrás y se dirige por la lateral derecha.)*

Fulgencio.—¡Bien me agradece usté el favor de no pasar por la ventana!

Juan.—¿El favor? No; te lo digo y te lo pío, porque estoy yo aquí. Si yo estuviera dentro, junto a mi hija, si que te dejaría pasar. (*Acercándose a Fulgencio, lo coje de un brazo y le dice en voz baja concentrada de ira.*) Tengo yo una escopeta cargá dista la boca, a los pies de la cama de mi Fuensanta, na más que pa cuando tú pases. (*Fulgencio, envalentonándose, emprende otra vez el camino que al principio siguiera.*)

Fulgencio.—¡Ah! ¿Si? ¡Ja, ja, ja! (*Váse. Juan, al verlo marchar, va a afianzarse sobre él, pero el Tío Antón lo impide acogiéndolo en sus brazos.*)

Antón.—¡Déjalo! Déjalo, Juan; tú vales más que to eso. (*Juan se detiene pero dice furioso:*)

Juan.—No será con la escopeta. No soy yo tan malo, que le quite a mis manos el placer de estrujarle la garganta.

TELÓN

ACTO ÚNICO

CUADRO SEGUNDO

Interior de la barraca del tío Juan. Foro derecha tinajero murciano. Al centro ventana que da a la huerta. Al foro izquierda, puerta que da a la alcoba de Fuensanta. Lateral derecha, puerta de entrada. Lateral izquierda, arca grande. Sillas de soga. Al centro, un sillón basto y viejo. En la alcoba de Fuensanta, se vé la luz de una mariposa.

Escena 1.ª

FUENSANTA sentada en el sillón, sobre unas almohadas. Junto a ella, en una silla baja, TÍA GILA; a sus pies, en el suelo, TONICO. Por la puerta de la alcoba de Fuensanta, en la que habrá una cortina descorrida, se verá el lecho.

TONICO.—(*A Tía Gila*) Cuente usté otro cuento, Tía Gila; otro cuento de esos tan güenos que usté cuenta. ¡Andùsté!

GILA.—(*A Fuensanta*) ¿Te cansan los cuentos? ¿Te duele la cabeza?

FUENSANTA.—No, Tía Gila. Cuente usté, a ver si me se van las cosas de la cabeza.

GILA.—Pos verás, Tonico, otro cuento. Esto sucedió cuando no había trenes, ni luz lítrica ni na (*Pausa*) Iban corriendo la tuna los estudiantes de antaño. Dos amigos muy amigos del mesmo pueblo, salieron juntos a correr la tuna y se metieron juntos en un pueblo en un día de mercao. Iban con mucha hambre y no tenían más que lo justo pa el viaje. Conque, va uno de ellos, el más listo de los dos y le dice al otro: dijo, dice—¿Hamos a robar un pavo?—¡Un pavo! dijo el otro—¡Claro!--Pa comer ¿Vamos a comprarlo? Si lo compramos se

nos acaba la cuenta. Mejor será robarlo.—Pos hamos a robarlo. Y se metieron en la recoba y entre apretujones y peleas, le robaron un pavo muy hermoso a una probe mujer que ni siquiera lo echó al ver.

TONICO.—¡Ya serían listos, ya!

GILA.—¡Mía tú este! Los estudiantes y los soldaos son la gente más lista que hay en el mundo.

TONICO.—Y más malos.

FUENSANTA.—Los soldaos son peores.

GILA.—¡Ya está! Gueno: vamos al cuento.

TONICO.—Siga usté tia Gila; siga usté que eso está güeno.

GILA.—Pos güeno. Se comieron el pavo en una posá de las afueras del pueblo y en paz. Allegaron a Salamanca y allí ya se desepararon y cá uno tiró pa su estudio. Pero pasaron años y años y los dos amigos desafiaos el uno del otro. Uno de ellos, cantó misa y se fido a su pueblo, y el otro que jué médico, roando roando los años, vino también a parar en el pueblo.

El médico, un día que supo que su amigo de zagal era cura, fido a confersarse con él por la esa de la amistá. Y sin decir quien era y quien no, pos le espetó al cura lo del pavo. Acúsome paere—le dijo—que cuando yo era mozo y estudiante, pos robé un pavo.—¡Hombre! dijo el cura—eso es un robo y hay que restituirlo.—Paere—dijo el médico—¡Si hace ya veinte años lo menos!—No le hace; aunque haga un siglo, hay que restituirlo; y si ya no vive el dueño o dueña del pavo, hay que decir su valor en misas pa su alma.—Güeno—dijo el médico—pos a usté le toca la mitá, por que lo robamos entre los dos ¿Se acuerda usté paere cuando ibamos juntos y pa comer robamos un pavo?—Hombre, sí que me acuerdo ¡Pero eso no tiene importancia!—¿Por qué?—preguntó el médico.—Por que aquello jué un pavico—contestó el cura—¿Cómo dices un pavo?—Y colorín colorao.

TONICO.—Si que esta güeno. Mire el cura cuando le tocaron al bolsillo, como respiró por la hería.

Escena 2.ª

Dichos y Pacorro

Pacorro.—A la paz de Dios. Güenos días

Gila.—Hola Pacorro. Güenos días.

Pacorro.—¿Como está Fuensanta?

Fuensanta.—Malamente, Pacorro. Hoy, malamente.

Pacorro.—Me habían dicho que estabas mejor.

Fuensanta.—Te engañan. A mí también me engañan. Tos me engañan. pero naide mejor que yo sabe la verdá. Esta mejoría es muy mala (*Pausa. A Pacorro*) ¿Ha venío? Decirme alguno por Dios si ha venío.

Pacorro.—No ha venío, Fuensanta... no ha venío. Y no te preocupes por eso. Tú, lo que tiés que hacer es ponerte güena y no pensar en naide. Si arremataras de pensar en lo que no debes, te pondrías güena de seguía.

Fuensanta.—¡En lo que no debo! Si me dijérais que había venío tó me se habría quitao ¡Fulgencio de mi vía! (*Pausa. Tonico se levanta y se dirige junto a Pacorro*)

Tonico.—(*A Pacorro en voz baja*). ¿Vamos a decírselo?

Pacorro.—No, tonto. ¿Pa qué? ¿Pa matarla del tó? (*Pausa*)

Tonico.—¿Has estao allí?

Pacorro.—Aonde.

Tonico.—Casa del tío Francisco Eniesta.

Pacorro.—No; he pasao por la puerta. Está aquello de gente que llega dista el portal. ¡Hay un barullo...!

Tonico.—¿Y hay tronío?

Pacorro.—Música dulces y bebías pa tó el mundo que entra. Yo no he querío entrar ¿Pa qué? La copa que me diera me abrasaría el gañote. Pa él, pa él tó.

Gila.—(*A Fuensanta*) ¿Te duermes, Fuensanta?

FUENSANTA.—No; es que me pesan mucho los ojos ¡Yo no sé qué tengo en la cabeza!

GILA.—Mejor sería que te acostaras.

FUENSANTA.—No, tía Gila: estoy harta ya de cama (*Entra Juana*).

Escena 3.ª

Dichos y JUANA con una cesta al brazo

PACORRO.—De ande vienes?

JUANA.—De Murcia.

PACORRO.—¿Por ande has venío?

JUANA.—Por la senda graná.

PACORRO.—¡Ah! ¿No has venío por el camino?

JUANA.—No; está muy mal el camino y está mas cerca por la senda graná.

PACORRO.—¡Es verdá? (*Juana comienza a sacar cosas de la cesta y a dejarlas sobre el arca*).

TONICO.—Cuando llueve se pone ese camino que no se pué pasar

PACORRO.—Ya lo dice la copla aquella que por Semana Santa sale en los caramelos de en ca el Gallego

«No vayas en burra a Churra,
porque me apuesto un cigarro,
de que si llueve y hay barro,
ni vuelves tu ni la burra.»

TONICO.—¡Qué gracia tié la copla!

GILA.—Ya se ha muerto el que la inventó. ¡Probe señor! Era un hombre muy güeno. Yo lo conocí. Se llamaba Don José Frutos y escribía muchas cosas de aquí de la güerta e Murcia.

JUANA.—Anda, Fuensanta: tómate la cuchará (*Le da una cucharada de un vaso*) Esto es muy güeno, nena. Con esto te tiés que curar. Lo mismo le mandaron a María el Carmen la del tío Tomás y no allegó a tomarse un vaso. Antes de acabar se curó.

Fuensanta.—Esto está muy malo, Juanica.

Tonico.—Éjalo que lo esté. Pero es la vía.

Fuensanta.—¡La vía, la vía! ¡Pa qué quiero yo ya la vía!...

Gila.— Anda, anda; tómatela (*lo hace*).

Fuensanta.—Anda, llévame a la ventana un ratico.

Juana.—¡Pa qué! Hace viento.

Fuensanta.—Déjalo; llévame (*Entre Juana y tía Gila la conducen a la ventana. Tonico lleva el sillón y la colocan para que vea la huerta. Forman dos grupos. Juana y Fuensanta, en uno; Tonico y Pacorro en otro con la tía Gila*).

Fuensanta.—(*Mirando a la huerta. Llora*). ¡Cuando respiraré yo el aire de la güerta!

Juana.—No seas tonta, Fuensanta; que te pones muy tonta, nena.

Fuensanta.—¿Hoy es, verdá?

Juana.—¡No te digo!

Fuensanta.—No me engañes. Es hoy la boa, lo se tó. Tan y mientras que vusotros me pintáis que no ha venío, yo lo vide tras antiyer que pasó por aquí.

Juana.—¿Cuando te dió el ataque grande?

Fuensanta.—Sí, y después lo oí tó cuando me quedé sola. No me engañes; si no me podéis engañar; si me dice el corazón que Flugencio ya no es pa mí. ¿Qué os creíais? Si lo sé, Juanica, lo sé. Cuando el corazón siente una cosa no se dequivoca nunca, y a mí me decía el corazón que esta enfermedad mía era la última y que Fulgencio no era ya mío. Pero, oye, Juanica; dentro del arca, hay un pañuelo de sea de color de rosa en el que me trajo por San Blas la cascaruja el año pasao no, el otro... Lo cojes y se lo llevas. Eso es to lo que tengo suyo.

Juana.—¿Y él? ¿Tié algo tuyo?

Fuensanta.—No te lo dará, porque es toa mi vía lo que el se ha llevao pa siempre. ¡Pa siempre!

Juana.—Güeno; no seas así. No pienses ahora en eso. Cuando venga Fulgencio, entonces se hará tó.

FUENSANTA.—¡Cuando venga! No me engañéis más; decírmelo.

TONICO.—(*Que ha estado oyendo, a Pacorro y a tía Gila*) Decírselo, probecilla ¡Cuanto sufre! Yo ya la hubiera sacao de penas y se lo hubiera dicho tó. Si lo ha de saber, cuanto antes, mejor.

PACORRO.—¡Calla tú!

FUENSANTA.—¡Esagraecío! Mal hombre. Yo lo perdono. Ya no estoy pa ná; ya pa ná quiero vivir... (*Pausa*)

PACORRO.—¡Probe!

Escena 4.ª

Dichos y Tío JUAN

JUAN.—Ya estás en la ventana. Entra, entra, que hace un gris pa tí que no es na de güeno.

FUENSANTA.—Déjelo usté páere; estoy bien aquí. (*El tío Juan que parece que viene cansado, se sienta al llegar y se limpia el sudor*). (*Pausa. A Pacorro y Tía Gila*) Güenas tardes.

PAC. y GILA.—Güenas, tío Juan (*Pausa*)

PACORRO.—Se ha cansao usté?

JUAN.—Si; ya no está uno pa ná ¡Son muchos años!

PACORRO.—¿Cuantos, tío Juan?

JUAN.—Tres duros.

TONICO.—¿Y cuantos son?

PACORRO.—Sesenta justos.

JUAN.—Y pa decir verdá, con tres meses y diez y ocho días.

PACORRO.—¡Que presentes los tié usté, tio Juan!

JUAN.—Bien presentes, ¡ya lo creo!

PACORRO.—Nosotros no allegaremos a tener ese tiempo.

JUAN.—¿Por qué no? (*Pausa*)

PACORRO.—¡Cuantos recuerdos tendrá usté metíos en la cabeza!

JUAN.—En la cabeza y en el corazón; si, muchos. Tos los días tengo algunos. Siempre está así mi cabeza. Ayer hizo años pasó tal cosa

mañana hará tantos pasó tal otra. Siempre buscando un día, una fecha agradable y no la encuentro. Cuando pienso, me desespero; solo encuentro días de sufrires en mi memoria.

Pacorro.—¡No es eso lo malo, tío Juan!

Juan.—Pos ¿qué es peor?

Pacorro.—¿Peor que decir hace años sufrí mucho? pos encontrarse joven y pensar; tanto me quea toavía que sufrir.

Juan.—¡Es verdá! Pero oye lo que te digo: si quieres vivir feliz toa tu vida, si quieres que las penas te parezcan pocas y los dolores flojos y las desgracias dulces, tén muy presente esto que te dice un viejo de sesenta años, tres meses y diez y ocho días. (*Pausa*). Piensa que el día siguiente al que vivas te se ha de presentar muy negro, muy negro y muy triste; que vas a pasar apuros muy grandes, y verás al día siguiente; verás con qué gozo recibes los bienes que se presenten ante tí; verás, si no te pasa ná malo ese día, cómo bendices la bondá de Dios.

Tonico.—¡Es verdá!

Pacorro.—¡Ya lo creo que es verdá! (*Pausa. A lo lejos se oyen rasgueos de guitarra. Fuensanta hace supremos esfuerzos por levantarse del sillón para ver mejor lo que pasa por la huerta;* se *incorpora un poco, dá un grito* y *cae en el sillón sin sentido. Todos se acercan* a *Fuensanta.*

Juana.—¿Qué es, nena?

Pacorro.—¿Qué a sío?

Juan.—¿Qué ha visto?

Tonico.—¡Callar! Por ahí van esos.

Juan.—¿Quienes?

Tonico.—Esos (*a Juan por lo bajo*) Fulgencio y esos.

Juan.—¡Canallas! Anda llevarla a la cama, que paece que está privá.

Juana.—Nena, nena, toma (*Le da de beber una cucharada*) Anda, levántate un poco (*Fuensanta se reanima poco a poco*) Vamos a la cama. Ayúdeme usté, tía Gila.

FUENSANTA.—¡Vamos!

JUANA.—Anda, nena.

GILA.—Anda, Fuensantica.

FUENSANTA.—(*Desfallecida*) Si, vamos, vamos (*Entre Juana y Gila la conducen a la alcoba y la acuestan en la cama. Pacorro se queda al pié de la ventana con Tonico. Juan se queda en el dintel de la puerta de la alcoba; al poco se sienta y entierra la cabeza entre las manos. Larga pausa. De vez en vez se oirá algún sollozo de Fuensanta*).

PACORRO.—Vamos, tío Juan; no se ponga usté así, que eso no es ná

TONICO.—¡Qué puñalá! Mía que Flugencio es desahogao.

PACORRO.—No tiene alma.

TONICO.—Ni corazón.

PACORRO.—¡No tendría güerta por ande pasar!

TONICO.—¡Y venir aquí, en su mesma cara!

PACORRO.—Calla, hombre calla; hay cosas.....

Escena 5.ª

Dichos y Tío ANTÓN, por la ventana

ANTÓN.—Güenos días, familia ¿Y Juan?

PACORRO.—Güenos días, tío Antón ¿Pasa usté?

ANTÓN.—¿Está Juan?

PACORRO.—Si, pase usté (*mutis Antón*) Tío Juan, andusté: aquí está el tío Antón.

ANTÓN.—A la paz de Dios ¿Qué hay Juan? (*Juan va hacia Antón y le abraza.*

JUAN.—Malamente, Antón. Fuensanta está muy mala, muy mala Ayer dijo el médico que le gustaba muy poco y hoy parece que está peor. En la cama está con una angustia horrible, Antón.

ANTÓN.—No te apures, hombre. Desageras tu mucho las cosas Tu deja correr los días y no tengas prisa, y ya verás como de to s sale.

Juan.—¡Ya lo creo que se sale de tó!

Antón.—Y tú eres el que tiene que tener valor, que ya no eres ningún zagal. Ea, vamos a echar un cigarro. ¡Recontra con la vía- *Antón saca la petaca y se la da a Juan. Toma una silla (pausa) hace que Juan se siente, lo hace él también. A Pacarro y a Tonico*) ¿Queréis echar un pito?

Pacorro.—Vamos. Este no fuma entoavía (*por Tonico*).

Antón.—Cuando yo era como tu ya fumaba (*a Juan*) ¿Te acuerdas? (*Juan dice que sí con la cabeza, pero no habla. Está meditando y tarda mucho en terminar la árdua tarea de liar un cigarro, pausa*).

Antón.—(*Con el papel de fumar en la mano*) Acaba, hombre, acaba.

Juan.—(*Vuelve a echar el tabaco en la petaca, la devuelve a Antón, arruga el papel de fumar y lo arroja con violencia*) Toma, Antón; no pueo fumar; tengo un nuo en la garganta, que no me deja... no me deja. Esta hija mía nos va a matar a tos (*Pausa*) ¡Y el otro!...

Antón.—Güeno, pos a no pensar mas en na, y a no darle mas a la cabeza.

Juan.—¡En qué quiés que piense, si no es en mi hija, que es mi vía y mi alma! !Ella es mi tó! Tú no sabes lo que pa mi es mi hija, mi Fuensanta. Acuérdate de tu Rosario, amigo mío; de aquella rosa, de aquél pimpollo de quince años que te dejó enrobinao pa toa tu vía.

Antón.—(*Abrazando a Juan*) Juan, amigo mío; hermano mío; (*De la alcoba de Fuensanta sale un grito ahogado dado por esta. Todos se levantan alarmados*)

Juana.—(*Desde dentro*) ¡¡Fuensanta!! ¡¡Paere!!

Juan.—¡Por vía de Dios! (*Entra en la alcoba*)

Antón.—(*Volviéndose, a Pacorro, sin haber podido liar el cigarro todavía*). ¡Malo, malo, malo! (*Guarda la petaca; va despacio hacia la alcoba y se detiene junto la puerta*)

Pacorro.—¿Qué es?

Tonico.—¿Qué ha sío?

ANTÓN.—¡Chiss! Callar (*pausa*)

JUANA.—(*Desde dentro. Llorando*) Fuensanta, Fuensanta, nena.

JUAN.—(*Angustiado*) ¡Hija, hijica e mi arma! (*pausa*) (*Al poco aparece Juan en la puerta con los ojos llenos de lágrimas, tratando inutilmente de enjugarlas con un pañuelo. Aparenta una fría tranquilidad y una mal fingida resignación; parece ser que ha tomado una determinación definitiva*) ¡Ya está, Antón! ¡Ya está libre ese del tó! (*pausa*) (*Llora*) Como tu Rosario, Antón; como tu Rosario de tu alma.

ANTÓN.—(*Vuelve a abrazar a Juan*) ¡Vamos, Juan: valor! (*Entra en la alcoba, no sin descubrirse al entrar*).

JUAN.—(*pausa. Mira a todos lados, toma el sombrero y muy despacio, pero decidido, sale.* ESTA SALIDA ES TODA LA OBRA. *Ha de adivinar el espectador que Juan ha tomado una determinación enérgica y definitiva. Tonico, que ha adivinado algo, silenciosamente se va tras él. Antón sale de la alcoba; poco después, tía Gila sale conduciendo a Juana, que sale hecha un mar de lágrimas.—Pausa larga durante esta escena muda*)

JUANA.—¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué desgracia más grande!

GILA.—¡Dichosa ella! (*La sienta en una silla y se dispone a hacerle un refresco; al poco se lo da*).

ANTÓN.—*Definitivamente ahora saca, la petaca y silenciosamente ofrece un cigarro a Pacorro que acepta*) ¡No semos naide, Pacorro

PACORRO.—Verdá, tío Antón; no semos naide.

ANTÓN.—¿Y Juan?

PACORRO.—Salió.

ANTÓN.—¿Salió?

PACORRO.—Sí; no sé con qué fin. Tonico salió detrasico de él.

ANTÓN.—¿Ande habrá ido? ¡Y abora!... (*Pausa. Tía Gila da de beber a Juana la pócima que le preparó y entra con ella en la alcoba*).

PACORRO.—¿Ha estao usté allí?

ANTÓN.—¿Aonde?

PACORRO.—En la boa.

Antón.—Sí; de allí venía ¿Y quieres saber una cosa? Más pena me da a mí aquella trigedia de allí, que esta de aquí. Porque aquello sí que es una trigedia. Tós paecen tan contentos, pero denguno acúe a una boa, no; eso es una fiesta de muertos. No es como otras boas, como toas; es una cosa triste, enlutá. Mucha gente, eso sí; gente no falta, y guitarra y dulces, y mujeres mozas y hombres mozos; ropa nueva y muebles recién estrenaos; tó muy bien; pero allí no hay alegría, Pacorro. Dá asco y pena al mesmo tiempo ver aquél cuadro. Tós están alegres por fuera, pero están por dentro más agrios que un limón. Pecheras muy planchás y trajes muy nuevos por fuera, pero pechos arrugaos y cuerpos que guardan una pena muy honda por dentro. Tós van a la boa por miedo; mejor no hubieran ido en pago al querer que tós le tién a Fuensanta. Pero... Fulgencio... su mujer... el tío Francisco... ¡los malditos dineros ¡Dista los músicos están tristes; naide quié bailar. Aquello es un velatorio.

Pacorro.—Sí: porque allí es aonde se vela el cuerpo de Fuensanta.

Antón.—Sí; es verdá. El cuerpo de Fuensanta está allí, en medio e la boa, amargándoles la fiesta, como diciendo: aquí estoy yo porque me habís muerto entre tós.

Pacorro.—¿Y está allí e maldecío de Fulgencio?

Antón.—Allí está. Tó se le va en fingir contento y alegría y querer convidar a tó el mundo, pero se le vé que por aentro le escarabajea un pesar. Y eso es la concencia, Pacorro; la concencia que no deja a los hombres vivir tranquilos cuando han cometío anguna felonía.

Pacorro.—Eso es Dios.

Antón.—Eso; Dios que tó lo vé y tó lo castiga.

Escena 6.ª

Tonico entra corriendo, angustiado, jadeante: Trae la cara llena de terror

Pacorro.—¿Qué es, Tonico?

ANTÓN.—¿Qué pasa?

TONICO.—El tío Juan... el tío Juan que viene con *ese*.

ANTON.—¿Con quién?

PACORRO.—¿Con Fulgencio?

ANTÓN.—¿Cómo?

PACORRO.—Habla.

TONICO.—Esperar que puea.

ANTÓN.—Dilo ¿qué ha sío?

TONICO.—El tío Juan, cuando salió de la habitación de Juensanta, tomó el sombrero y lo vide de irse con malas pulgas pa la güerta; pero yo me fí detrás de él sin que me viera, y jué y se jué pa casa del tío Francisco Eniesta.

ANTÓN.—¡Aonde está tó el tinglao de la fiesta?

TONICO.—Si. Estaban bailando los mozos y las mozas y Flugencio estaba encima de una silla con la bota en la mano cantando una copla, cuando se presenta el tío Juan en la puerta y para el baile. Tos se quearon de una pieza mirando pa la puerta.—Güenas tardes caballeros—dijo el tío Juan—¿Se pue hablar contigo una miaja? le dijo a Flugencio en su trompa; y Flugencio dejó la bota y dijo.—Abora mesmo, tío Juan ¿Quie usté convidarse?

PACORRO.—¡Ladrón!

TONICO.—No—dijo el tío Juan—Quiero que hagas el favor de salir un momento. Tos se quearon en silencio y Flugencio salió y se puso a charlar con el tío Juan; lo cual que yo no sé lo que le diría que vienen pa acá los dos juntos.

ANTÓN.—¿Los dos?

TONICO.—Sí, los dos. El tío Juan viene delante, con la cabeza levantá y saliéndosele los ojos por la cara. Flugencio viene detrás, con la cabeza amagá; ¡paece un borrego!

PACORRO.—Pero... ¿vienen los dos?

TONICO.—Si, los dos; los dos juntos.

ANTÓN.—Pero ¡sí no pué ser! ¿Abora mesmo?

Pacorro.—(*Asomándose a la puerta*) Sí; ahí están. Mirelos usté, tío Antón.

Antón.—¡Dios mío e mi arma! (*llevándose las manos a la cabeza*). (*Pausa*).

Escena última

Dichos Tío Juan y Fulgencio

Juan.—(*A Fulgencio*) Pasa, que no te van a comer (*pasan los dos*) Aunque no sea más que pa despedirte, porque te vas a casar, dale esta alegría, hombre; no te hagas de rogar que eso está muy feo en los hombres *(Tío Juan, decidido y aparentemente tranquilo. Fulgencio, nervioso y como temeroso de la entrevista. Están en el centro de la escena. Juan conduce a Fulgencio a la puerta de la alcoba donde yace Fuensanta; descorre la cortina, entra en la habitación*) Miala, muerta. Se enteró que viniste, se enteró que no venías a verla, se enteró que te casabas, y... como ya no tenía na que hacer en este mundo, según ella, ya lo ves; se jué pa el otro mundo. Mira; las palomicas de los gusanos que ella cuidaba pa que le dieran sea pa su vestío de novia, mialas, probeticas ¡qué agradecias son! rodeándola están formándole su mortaja ¡Qué agradecías son! ¡Qué agraccías! (*Fulgencio se descubre, se arrodilla en el dintel de la puerta. Tío Juan dirigiendose a Fuensanta*) Hija mía, Fuensanta e mi vía; ya ha venío; ya lo ties aquí... (*Juan agarra por el cuello a Fulgencio y lo estrangula*)... pa siempre. Que vengan, que vengan y te lo quiten abora (*Fulgencio cae muerto al suelo, al desprenderse de las manos de Juan*) Si había de ser pa tí. ¿No te decía yo que había de ser pa ti? (*Pausa. Tío Juan se apoya en el quicio de la puerta, saca un pañuelo, se limpia el sudor, y entrando en escena dice*) ¡Pero que tristes son estas boas de los muertos! (*Todos quedan asombrados, pero nadie se atreve a hablar.*

TELÓN

Obras del mismo Autor

AMOR, comedia en 2 actos (agotada)

EL PSEUDÓNIMO, comedia en 1 acto (Id.)

¡PUMMBA!, novela bohemia 1'50 pesetas

LA CIENCIA DEL DEBER, novela (agotada)

LA LEYENDA DEL VIEJO CASERÓN, (Id.)

EL BRAZO DEL ANGEL, cuento (Id.)

TORRE DE RIMAS, versos 2 pesetas

EL ARTE DE LA DECLAMACIÓN, 5 ptas.

LA BODA DE LOS MUERTOS, tragedia en 1 acto 1'50

EN PRENSA

EL CARRO DE LA ALEGRÍA, comedia.